

El historiador Juan de Bárros, admirado del gran número de islas que hay al Sudeste del África, las consideraba ya como una quinta parte del mundo, así como en nuestros días, que han sido clasificadas bajo el nombre de Oceanía. Couto, continuador suyo, dividía en cinco grupos todas las islas que hay más allá de Java y Borneo; las Molucas, con Ternate, Motir, Tidor, Makian, Bacian y las que de estas dependen; en el segundo archipiélago estaban Gilolo, Mortay y las Célebes, habitadas por salvajes; en el tercero la gran isla de Mindanao, las de Saloo y muchas de las Filipinas Meridionales, especialmente Mascate; en el cuarto las islas de Banda, Ambóina y otras cercanas; en el quinto apenas poseyeron nada los Portugueses, no habiendo en él más que salvajes, que aborrecían a los extranjeros, negros como los Cafres, según lo cual parece que conoció la Nueva Guinea. Aunque los Portugueses no viajaron más hacia el Sur, sin embargo, es cierto sospecharon la existencia de una gran tierra meridional, y parece que a principios del siglo estuvieron en la que hoy se llama Nueva Holanda (1).

El comercio antiguo estaba fundado únicamente en el monopolio y en los privilegios, de tal manera que no pudieron aprovecharse de la libre concurrencia los Venecianos y Anseáticos, que mientras se obstinaban en hacer valer sus vetustos derechos, no querían aprovecharse de las nuevas ventajas. Los Venecianos conocieron el daño que sufrían con la variación de dirección del comercio, y en vez de solicitar de los mahometanos que interceptasen el paso por el Cabo, hubieran obrado mejor para sus propios intereses poniéndose de acuerdo con los mamelucos para abrir el istmo de Suez, ó más bien multiplicar los canales de Egipto como medio de facilitar la comunicación del Mediterráneo con el Mar Rojo, lo que hubiera proporcionado nueva prosperidad así al Egipto como á Italia. Nada de esto se hizo, y la Europa y la India solo podían comunicarse por medio de los Portugueses, siendo Lisboa el mercado general. Los bancos de negociantes se trasladaron de Brújelas á Amberes, ciudad que los Portugueses habían escogido para su depósito; aquellos formaron seis corporaciones de Alemanes, Daneses y Osterlingios, esto es, habitantes de las playas del Báltico, Italianos, Españoles, Ingleses y Portugueses. Las mercancías llevadas allí en el verano se esparcían por el invierno por la Italia y la España, y se cambiaban por las especias. Pero cuando Amberes en el año 1585 fué asediada y tomada por los Españoles, y entregada al saqueo y al degüello, se perdieron las manufacturas, la pesca se redujo á Holanda, los fabricantes en lana se fueron á Leiden, los tejedores á Harlem y á Amsterdam, y parte de las sedas á Inglaterra, y aquella ciudad no se resuso hasta el tiempo de Napoleon (2).

(1) BARRROS, III, 254. — COUTO, p. 190.

(2) Juan de Bárros describe los tres modos de comerciar

El tráfico en el Golfo Arábigo y en la India estaba generalmente en manos de los reyes indígenas; de modo que el comercio era una parte

los Portugueses en la India: « El primero tiene lugar cuando en el territorio ó dominio habido por conquista, contratamos con los pueblos de señor á vasallo. El segundo consiste en celebrar contratos perpetuos con los reyes y con los señores del país, á fin de que por el precio convenido den sus mercancías y reciban las nuestras, como sucede con los reyes de Gananor, Chalé, Cochín, Culam y de Ceilan, que poseen las mejores de todas las especias que se recogen en la India. Este modo no tiene más aplicación que en las especias, que ellos mismos entregan á los oficiales regios, residentes en las factorías para que suministren cargamento á las naves que llegan de Portugal; los demás artículos extraños al comercio de Oriente quedan libres, pudiendo todo Portugues, ó natural del país, comerciar en ellos, estableciendo el precio que quieran los contratantes. El tercer modo consiste en mandar nuestras naves á aquellas regiones, y arreglándose á los usos del país, contratar con los indígenas cambios, aceptando su precio ó fijando el nuestro. »

Antonio de Olivéira Marrea (*João de Barros, Luis Mendez de Vasconcellos e o Commercio de India*; artículo publicado en el *Panorama de Lisboa*, año 1.º de la segunda serie, p. 370), que cita este mismo pasaje, añade: « Es evidente que entre estos tres modos, el primero y el tercero, se pueden considerar únicamente como resultado de un comercio libre... no pudiendo llamarse al segundo más que monopolio, porque en vez de aceptar el precio del mercado, se sujetaba á una tasa y ley anteriores. Como este último tráfico consistía en especias, base principal de nuestro comercio en las colonias, podemos asegurar sin temor de equivocarnos, que era esencialmente despótico. ¿Cuáles eran, pues, los objetos del cambio? El clavo de las Molucas, la nuez moscada y el macis de Banda, la pimienta y el jengibre del Malabar, la canela de Ceilan, el ámbar de las Maldivas, el sándalo de Timur, el benjui de Aquem, las maderas de Tec, los cueros de Cochín, el indigo de Camboya, las maderas de Solor, los caballos de Arabia, los tapices de Persia, las sederías, damascos, porcelana y el almizcle de la China, las telas de Bengala, las perlas de Calecar, los diamantes de Narsinga, los rubíes del Perú, el oro de Sumatra y de Lee, y finalmente la plata del Japon. Y ¿quiénes eran los comerciantes? Los habitantes de la Europa, los reyes, príncipes, potentados, vasallos, banqueros, fabricantes y personas del comercio por mayor, la aristocracia en masa de aquellos tiempos, sin omitir las dignidades eclesiásticas... todos buscaban con avidez las producciones asiáticas; era una manía general de la que la miseria y las costumbres toscas apenas exceptuaban al mendigo, al soldado y al hidalgo campesino.

» Venecia, la reina de los mares, debía en mucha parte su poder á las producciones del Asia. Y ¿cuál era su sistema económico y comercial? Puede decirse que difería esencialmente del nuestro, en el punto más importante, aun en la época en que abrazando un sistema exclusivo, la república rodeaba su comercio con el monopolio y los privilegios. Venecia, Estado libre, consentía al mas humilde de sus ciudadanos las transacciones mercantiles sin restricción alguna, reservando estas para los extranjeros; nosotros por el contrario, que entonces pasábamos de un gobierno mixto á otro que rayaba en la monarquía absoluta, habíamos dado á la corona la propiedad, la soberanía, por decirlo así, del comercio, con gran perjuicio del pueblo y de los derechos é intereses nacionales. Mientras la bandera de San Marcos recorría los mares en busca de riquezas comerciales, Venecia no se olvidaba de sus manufacturas, ni de su industria, y nosotros por entregarnos al tráfico colonial, despreciábamos las fábricas, y lo que es peor, la agricultura; abandonando esto al único instinto de la avaricia, sin reglas fijas, sin cálculo, sin previsión y sin establecer principios conservadores que asegurasen su duración.

» ¿Qué juicio formaba Bárros de este nuevo sistema comercial que habíamos adoptado? ¿Apreciaba él en lo que valía la lección que Venecia daba al mundo, y el ejemplo que se podía sacar de ella? No es fácil hallar contestación á esta pregunta en las *Décadas*. ¿Era esta una reserva dictada por la delicadeza de su posición como empleado público, ó como escritor del gobierno? ¿Era el temor de desacreditar el hecho más brillante de nuestra historia? ¿Era el temor de malquistarse con la nobleza, tan interesada en el comercio de la India? ¿ó era una manía de artista que trata de exponer su cuadro á la luz más brillante, pero de modo que se oculten sus defectos? En su *Económico*, que no se dió á la imprenta, responde perfectamente á todas estas preguntas... Pero tras-

importantísima de la política, y produjo guerras muy obstinadas. Teniendo dominados á los Venecianos y á los mamelucos, los Portugueses encontráronse frente á frente con los Turcos conquistadores del Egipto, y una escuadra del gran Soliman, que había partido de Suez, sujetó á Aden, asedió á Diu, y reunió los Absinios, Árabes y Camboyeses contra los Europeos; pero los de Malabar guardaron fe á los Portugueses, y el rey de Cochín hizo jurar en la pagoda fidelidad á estos, que gracias al valor de Juan de Castro salieron vencedores.

Los Portugueses llegaron entonces al colmo de la grandeza. En sesenta años habían fundado un imperio de los más extensos, llegando hasta la extremidad de la Persia; muchos príncipes árabes les prestaban obediencia, y otros les pagaban tributos; desde aquí y por la costa árabe del Mar Rojo tenían por complaciente amigo al rey de Etiopia; á lo largo de la Persia y el Mar de la India ocupaban casi todos los puertos y las islas de importancia, además de la costa de Malabar, y del Cabo de Ramez al Comorin, la costa de Coromandel, el Golfo de Bengala, la península de Malaca con la ciudad y las fortalezas; recibían tributo de la isla de Ceilan, obediencia de las de la Sonda y de las Molucas, y tenían un pié en la China y el libre tráfico en el Japon. Sus establecimientos se extendían en un territorio de 150° desde Madera al Japon (1). Desde estos puertos traficaban con

portémonos nosotros, hombres de este siglo prosaico y calculador, al siglo de aventuras y encantamientos en que él vivía, respirémos un momento aquella atmósfera de preocupaciones populares y de errores políticos, dejemos llegar á nuestros oídos el estrépito que él oyó cuando inmensas aclamaciones saludaron al explorador de las Indias, las felicitaciones de la corte, el influjo tan contagioso de las fiestas que se celebraban por todo el reino, el entusiasmo con que el Portugal se esparcía por el resto del mundo, para llegar á torrentes á aquel país; figurémonos además las aclamaciones de nuestras victorias que resuenan desde el Ganges al Tajo, y en el Tajo... el espectáculo magnífico de las riquezas de Oriente, las naves de las naciones extranjeras que acuden á admirar nuestra inmensa fortuna, y á convertirse en tributarias de nuestro comercio; la complacencia de un pueblo ayer pobre y débil y de repente colocado en la cumbre del dominio y la opulencia; abandonémos un momento la perspectiva de los economistas y de los hombres de Estado, y supongámonos autores ó espectadores de este drama tan nuevo y tan variado, y tendríamos la explicación de su silencio y de sus errores.

» Se ha dicho que antes de la segunda expedición de Vasco en 1502, se puso á discusión el asunto de las Indias, y que la mayoría del consejo, en unión del rey Manuel, mostró repugnancia á la continuación de la conquista. Se acordaban que de trece navíos que habían partido dos años antes, cuatro habían sido abismados con todos los hombres que llevaban...; tenían presente las tradiciones de Zamorino, los peligros, las fatigas de toda especie que habían sufrido los navegantes portugueses... lo exhausto del tesoro, el aumento de las dificultades con la conquista, el poder de los Moros, y el odio que nos tenían; á pesar de todo esto prevaleció el voto contrario porque tenía en su favor al rey Manuel. »

(1) Las ciudades principales eran Moka, que entonces adquirió importancia; Aden que la perdió pronto; Mascate que los Portugueses fortificaron llevando á ella el agua de una montaña próxima; Diu, fabricada por los mismos y fortificada inexpugnablemente; Daman, donde los Persas se habían refugiado con el fuego sagrado cuando los musulmanes conquistaron aquel país; Tanna, con los templos venerados por sus dos colosos de Buda; Bombai, cedida por el bajá de Salseta (1530) con el mejor puerto del mundo, y que llegó á ser centro del gran comercio marítimo; Goa, quitada por Albuquerque al rey de Visapur y convertida en capital de las

los países al interior; desde Malaca con la India Trasingética, desde Aden con la Arabia, desde Ormuz con el continente de Asia, y recogiendo ellos casi solos el aloe de Socotora, las perlas del canal de Ormuz, la canela y los rubíes de Ceilan, el sándalo y el alcanfor de Sumatra, el clavo y la nuez moscada de las Molucas, la pimienta de Goa, la muselina de Bengala, el algodón y el azúcar de la India, el té de la China y la porcelana del Japon.

Ormuz podía ofrecer la medida de la riqueza y el comercio oriental. Los Portugueses, apenas se hizo tributario suyo el sultan, multiplicaron los edificios en los cuales se hallaba con profusión el oro y los dorados, y todo se hallaba dispuesto para templar el calor. Los mercados de los tres primeros meses del año, después de setiembre y octubre, atraían gente de todo el mundo; remediábase el polvo que se levantaba en las calles con tapices y esteras, y el sol con toldos sostenidos en las casas, y dentro de estas brillaban bellísimas porcelanas, antigüedades indias y flores y pebeteros. Las tiendas tenían magníficos escaparates; los juglares de la India se mezclaban con los menestrales de Europa, y las naves y caravanas llevaban al mercado todo lo más delicado que ofrecen las regiones del Mediodía y del Oriente.

Uno de los principales productos de las posesiones portuguesas eran las perlas. En la China y en la India hay la antiquísima costumbre de que el esposo el día de la boda perfore una perla; costumbre inocente y provechosa al comercio. Siempre, pues, fué cultivada la pesca de las perlas, que se hacía en Baharein en el Golfo Pérsico, y cerca de Ceilan en el reino de Madura, adonde se ocupaban solo en esto cinco á seis mil personas. La pesca era uno de los espectáculos más curiosos y al mismo tiempo más dolorosos. A principios de abril, las riberas del Mar del Japon, de Filipinas y de la India, tan ricas por las conchas que encierran la perla, resuenan con el cañon nocturno que anuncia la pesca, y de repente salen al mar una infinidad de barcos, mientras que la playa se cubre de músicos, bramanes, curiosos, y vulgo vociferante. Apenas el sol despide el primer rayo al traves del límpido aire, y colora en la encrespada superficie del mar, échanse al agua los buzos, favoreciendo el descenso con pesos, y llevando un saco para recoger las conchas que arrancan de los escollos natales. Solo pueden resistir tres ó cuatro minutos debajo del agua y los barqueros los socorren con un cable para que salgan á flor de agua á respirar y volver después á sumergirse otra vez; penosa alternativa que repiten al día cuarenta ó cincuenta veces. Algunas veces solo sacan un cadáver; comunmente arrojan sangre por las narices y los oídos; otras encuentran en el fondo un cerdo marino que les arrebató

posesiones portuguesas en Oriente; Cranganor, que desde el año 490 se hallaba en poder de los Judíos; y Malacca, fundada en 1252 por un príncipe males destronado.



un brazo ó una pierna; se enrojece el mar con su sangre, y los gritos del que es despedazado son sofocados por los aplausos de la multitud, el ruido de las músicas y los bendiciones de los bramantes.

Los Portugueses ocultaron el monopolio bajo el nombre de protección, fingiendo apadrinar á los naturales y facilitar el despacho de sus mercancías, y trayendo estas á los mercados europeos, conseguían fácilmente los tesoros metálicos de América. Además, entónces bajó mucho el precio de los géneros, habiéndose hecho mas fácil y abundante el transporte en grandes buques, y no pasando por tantas manos, de modo que en Lisboa se tuvieron por la mitad de precio que en Alejandría y Alepo. Aumentóse por consiguiente el consumo, y se hicieron de uso comun ciertos artículos y telas, que ántes eran objetos de lujo.

Las carracas ó naves régias del ejército de la India, dice el elegante Bartolomé (1), «son una mole tan grande que cabe en ellas un pueblo entero encima de un mundo de mercancías, pues entre los jefes de marina y los marineros, los soldados que se transportan á los presidios de las fortalezas y los oficiales reales que pasan á los gobiernos de aquellas provincias, los mercaderes que llevan consigo algunas veces toda su familia, y los esclavos y demas gente del servicio, componen á veces el número de ochocientos ó mil, yendo tambien con frecuencia varios jefes, cada uno de los cuales tiene su departamento, adornado con mas ó ménos lujo segun su empleo y grado. Las mercancías que conducen y que suelen valer millones, son tantas que parece imposible que quepan en una nave cuando se las ve extendidas en la playa, y algunas veces apenas llenan con ellas las bodegas; además de las municiones de guerra, y de las de boca que podrian alimentar por ocho meses á un millar de personas. El construir estas naves, equiparlas y sostenerlas, es empresa solo de un gran rey. El espacio comprendido entre la sentina y la cubierta está dividido en cinco ó seis pisos (especialmente en los buques antiguos, que eran mayores que los modernos), y en ellos se colocan con el mayor orden las vituallas comunes, las mercancías, las armas, y la artillería, llevando algunas veces hasta ochenta piezas; suelen tener además dos castillos á popa y á proa, que son como las torres y baluartes de aquella fortaleza. Los costados, principalmente en la parte que cae sobre el agua, eran en aquel tiempo en las galeras de guerra una muralla de cal y canto, cubierta por dentro y fuera de gruesas tablas, todo lo cual se creía necesario para resistir los cañones en las batallas y la furia del mar en las tempestades, pues cuando se desencadena la tormenta, las embiste con tan rudos golpes, que no se creía poder resistirlas si fuesen mas débiles. De los cuatro árboles ó mástiles que se elevan desde el fondo de la nave, el mayor se compone

(1) *El Asia.*

de muchos maderos abrazados y sujetos con hierros y cuerdas en un solo tronco; encima están las gavias, en las cuales pueden combatir cómodamente veinte y mas hombres. Y sin embargo, con ser tan fuerte y grande aquel palo, y con estar sostenido por tantos obenques alrededor, algunas veces el huracan le troncha y derriba como si fuera una caña; finalmente las vergas, las diez ó doce velas, los cables, las áncoras, el esquife con sus remos, y todos los demas arreos de la nave son proporcionados á su magnitud. El tiempo que se emplea en el viaje de las Indias depende de los vientos; no habiendo obstáculo alguno que la detenga ó desvíe de su camino, no se tarda ménos de seis meses en anclar en Goa, y en este tiempo se recorren cerca de quince mil millas marinas, á causa del gran rodeo que hay que hacer para dar la vuelta á toda el África. Primeramente desde Lisboa enderezan la proa á las islas de Madera en la direccion cuarta al Sudoeste, y desde allí para evitar la calma del Mar de Canarias, se alejan de ellas dirigiéndose por el Poniente á la isla de Palma, y despues á Cabo Verde y á Sierra Leona. Desde allí costean un gran trozo de la Guinea, y despues con uno de los vientos que se llaman generales (y que aquí es el Sudeste que se encuentra al pasar la línea equinoccial), vuelven la proa, de modo que siempre reciben el viento del Mediodía, por lo cual se dejan llevar hácia el Brasil, pero no tanto, sin embargo, que lleguen á descubrir tierra, pues de otra manera las corrientes insuperables y los vientos contrarios que se encuentran en aquel mar harian perder completamente la esperanza de llegar á la India, y deberian, so pena de muerte, volverse á Portugal. Viajan despues á lo largo del Brasil hasta la isla de la Trinidad, pasan á la de Tristan de Acuña, desde donde se dirigen el formidable Leon, como llaman los marineros al Cabo de Buena Esperanza; despues de dar la vuelta á este, enderezan la proa hácia el Norte y costean la Cafreria por la parte de África que se dirige desde el Cabo al Nordeste. Y si la navegacion ha sido próspera, de modo que para Santiago de julio han pasado ya el Cabo, pueden descansar y tomar agua en Mozambique, para dirigirse por la isla de San Lorenzo y anclar en Goa. No puede hacerse el viaje de otra manera, pues las furiosas y continuas corrientes que se encuentran en otra estacion y que amenazan estrellar el buque contra escollos ó bancos, son causa de muchos naufragios, y obligan á salir á alta mar, y alejándose de la islas, dirigirse á Cochín, que es el puerto á que arriban las naves que no pasan por Mozambique; pero en este viaje se tarda por lo ménos un mes mas que en el anterior.»

Además de las incomodidades propias de tan larga navegacion y de tanta aglomeracion de gente, sufrían la transición del extremado calor de la Guinea á los frios del Cabo, y de las penosas calmas de la línea equinoccial al movi-

miento del Golfo de las Yeguas; al pasar el Ecuador se corrompia el agua y se perdian los alimentos; lluvias malignas producian el escorbuto, y las ballenas amenazaban las naves; despues de dar la vuelta al extremo de África, se cruzan fortísimos vientos que levantan formidables olas, de modo que en los tres ó cuatro dias que se tardaba en doblar el Cabo, se cubria la artillería con arena, se tapiaban las ventanas, y los pasajeros se encerraban bajo cubierta, tapando todos los respiraderos esperando la voluntad de Dios.

Tuvieron los Portugueses gran fortuna en no tener concurrencia, hasta que los Holandeses, y despues los Ingleses, les arrebataron el cetro de los mares. Por lo demas, su administracion adolecia de los mismos males que la española; en su patria se habia sustituido al heroísmo el cálculo, se habia apoderado de todos el deseo de hacer una rápida fortuna; se corrompieron las costumbres, se descuidó la agricultura y se disminuyó la poblacion; en las colonias se obstinaban en conquistar mas de lo que podian conservar; se desdeñaban mezclarse con los vencidos, por lo cual no formaban una poblacion que les fuera afecta; se hicieron execrables muchas veces por sus vejaciones, y fueron muertos en Ormuz y Ternate por el furor del pueblo.

Tenia la suprema autoridad un gobernador ó virey de las Indias, que ejercia un poder ilimitado; pero que apenas duraba tres años. El almirante de las Indias dependia de él: su tribunal en Goa decidia inapelablemente en las causas civiles, y en las criminales estaba reservado al rey el pronunciar la sentencia capital contra los nobles. Una gran dotacion permitia al virey vivir con el lujo que convenia donde el fausto era necesario para amoldarse á la fantasía oriental, y donde recibia homenaje de tantos reyes. Para mantener á estos en la obediencia é impedirles que emprendiesen algo en contra de la metrópoli, se pusieron fortalezas en los puntos mas á propósito para ellas, y factorías en sus puertos que les hacian árbitros de las mercancías y de sus precios.

Sin cubrir la tiranía con el manto de la religion, permitieron en Goa libertad de conciencia, y la Inquisicion (tribunal indispensable) no tenia jurisdiccion sino sobre los Católicos. Las guerras y el tráfico rivalizaban en codicia y rapiñas. La poca duracion de los vireyes les impedia conocer las necesidades del país, por lo cual no pensaban mas que en enriquecerse cuanto ántes; imponían contribucion á los buques que llegaban, y por la pesca de las perlas; querían el privilegio de vender ciertas mercancías donde á ellos les pareciese; estaba concedido á los empleados así civiles como militares traficar por su propia cuenta, de donde se seguían enormes abusos; hacíase mercadería de la justicia, y el lujo enervaba los ánimos, de tal modo que los oficiales marchaban á la guerra

en palanquin, y se sentaban á la mesa entre bayaderas.

El desinterés del virey Don Juan de Castro pareció un portentoso. Habiendo conseguido muchas victorias, trató de despertar el ardor belicoso, y quiso tener un triunfo á la romana y coronado de palmas, por lo cual dijo la reina de Portugal que habia vencido como cristiano y triunfado como gentil. Habiéndole sido muerto su hijo en el sitio de Diú, quiso recibir las felicitaciones públicas; despues de tomada la ciudad, como faltase dinero para restaurar la fortaleza, contrató un empréstito en su propio nombre, y dió en prendas parte de su bigote. Conservóse pobre donde sus predecesores se enriquecian, y cuando murió en brazos de Francisco Javier, juró que no habia empleado en provecho propio ni un solo sueldo del rey ó de los particulares, y en su caja se le encontraron tres reales.

Pero los nuevos vireyes de tal modo oprimieron á los vencidos, que se formó una liga para arrojar completamente á los Portugueses; propagóse la insurreccion desde Ambóina á otras mil partes, y habiéndose hecho jefe Idalcan, tuvo en jaque á los aborrecidos Portugueses. Al primer anuncio de la rebelion, salió enviado desde Lisboa Luis de Atáide con héroes señalados, y como le propusiesen los desalentados oficiales que abandonase los establecimientos lejanos, concretándose á defender á Goa, respondió: «Mientras yo viva, no adquirirán los enemigos ni un palmo de terreno.» Envió socorros á todas partes como si la capital no estuviese sitiada, sin dejar tampoco de mandar á Portugal las naves con el cargamento acostumbrado y tanta constancia triunfó al fin: Idalcan, vendido por su amante, fué muerto, y los demas reyes subyugados uno despues de otro: Atáide domó el país, y lo que es mas, los abusos del gobierno portugues; pero en breve recibió el acostumbrado relevo (1).

Para completar su ruina, cayó Portugal en poder de España, la cual parecia que verdaderamente iba entónces á encadenar al mundo en la red de posesiones que lo circunían, y uniendo las Filipinas y las islas de Luzon con las colonias portuguesas por una parte, y por la otra con la América, iba á quedar déspota de los mares y á poner en relacion la India y la China con Méjico y el Perú. Pero en sus estrechas miras económicas, solo trató de ejercer por sí el comercio, excluyendo á todos los demas, empresa á que no bastaban todas sus fuerzas á pesar de sus grandes gastos. Los Holandeses contrariaron sus designios, pues para sostener su rebelion, incomodaron en todas partes á los opresores, y las colonias portuguesas tuvieron entónces por enemigos todos los enemigos de España. Hoy «Goa la dorada ya no existe;

(1) En 1560 las posesiones portuguesas fueron divididas en dos vireinatos: el de la India en las costas del Mar de Oman, desde el Cabo Guardafui hasta Ceilan; y el de Malaca desde Ceilan hasta la China.